



MISTICA Y CONTEMPLATIVA RELACION,

*en que se refiere la sagrada pasion y muerte dolorosa de Cristo
nuestro amante Redentor.*

Bañando está las prisiones
con lágrimas que derrama
aquel Señor soberano,
asomado á una ventana;
con dolores y suspiros,
así dice estas palabras:
cristiano, cuánto me cuestas!
ay hombre, y qué mal me pagas!
alma, y qué quieres de mí?
mira pues que vas errada.
Vesme aquí estoy azotado
de aquellas manos ingratas:
vesme aquí estoy escupido
de aquellas bocas malvadas.

Aquí estoy como un esclavo,
y á aqueste balcón me sacan,
por ver si esta gente hebrea
se adolece de mis llagas;
antes dicen: muera, muera,
crucificalo, qué aguardas?
á Barrabás te pedimos
que lo sueltes sin tardanza.
Entonces el presidente,
que era el que mas lo escusaba,
mandó que allí le trajese
un page que está de guardia,
para lavarse las manos,
una vacía con agua,

entendiendo que con esto
su conciencia descargaba
de aquella inicua sentencia
que por miedo promulgaba.
Y sentándose en su solio,
pronunció sentencia clara:
muera Jesus Nazareno,
pues todo el comun lo aclama;
pues Hijo de Dios se hace
con enredos y marañas,
siendo un alborotador
de repúblicas y plazas,
como lo dirá el pregon
cuando por las calles vaya.
Ya está todo concluido,
prevénganse las escuadrás,
alístense los soldados,
todos con espada y lanza,
pónganse de punta en blanco,
alerta no se nos vaya.
Al arma, al arma, á la guerra;
y con cruz enarbolada,
sacó este Señor divino
una sogá á la garganta,
sus ojos hechos dos fuentes,
la túnica ensangrentada,
sangrienta barba y cabello:
salió esta luz soberana
descalzo de pie y de pierna,
dos ladrones por compañía,
Seis verdugos van delante,
otros seis de retaguardia,
tambien iba un pregonero,
publicando en voces altas
el tenor de la sentencia,
como queda declarada.
Iba con la cruz acuestas
el Redentor de las almas,
fatigado y sin aliento,
lleno de mortales ansias,

y porque llegase vivo,
á un Cirineo alquilaban.
Con el peso de las culpas,
que en esta cruz se cifraban,
falto de valor el cuerpo,
las rodillas se le traban,
y con la cruz dió en el suelo
tanto, que su boca sacra
á besar llegó la tierra,
y á puntapiés lo levantan.
Por el rastro de la sangre
venia llorando el Alba
del mejor Sol de justicia,
María, Virgen sagrada,
pues San Juan le dió el aviso
del modo que le trataban.
Entró por medio las tropas
aquella paloma blanca,
aquella hermosa azucena,
aquella luna eclipsada.
Encontróse con su Hijo,
y del dolor traspasada,
con el corazon le dice:
Clavel, cómo no me hablas?
Lirio, ya no me conoces?
mírame, Rosa temprana;
tu Madre soy, Jesus mio,
vesme aquí desamparada,
afligida mas que todas,
sin hallar alivio en nada.
Y con este sentimiento
fue siguiendo las pisadas
del Hijo la tierna Madre,
sin que nadie lo estorbara,
que fue permission divina
que todos la veneráran.
Al salir de la ciudad
por la puerta Judiciaria,
se le pusieron delante
dos hermosas ciudadanas,

hijas de Jerusalem,
y el Señor las consolaba.
No lloreis por mí, les dijo,
sino llorad por la causa
vosotras y vuestros hijos,
que de esta suerte me tratan.
Llegando ya al sitio donde
se ha de formar la campaña,
unos la cruz le tomaron,
y mientras el hoyo caban,
la túnica le despojan
á aquel Cordero sin mancha,
y con la fuerza que hicieron,
las heridas renovaban,
aumentando sus dolores,
porque ya estaban cerradas
con el aire y con el frío
de aquella noche pasada.
Lo arrebataron con furia,
sobre la cruz lo arrojaban,
diciendo: tiéndete bien,
esta has de tener por cama;
mira lo que has merecido
por tus enredos y trazas;
aquí se verá quién eres,
á ver si ahora te escapas.
Mientras que la cruz barrenan,
sufre el Señor tanta infamia
de los malvados sayones,
que no puedo numerarlas,
ni á referirlas me atrevo,
tú allá puedes contemplarlas.
La santa cruz levantaron
con gran grito y algazara,
y á Jesus clavado en ella,
y riendo le mofaban.
Sobre la cruz le pusieron
el título, y por qué causa,
en las tres lenguas escrito,
griega, latina y hebrayca,

para que fuese notorio
á las naciones estrañas.
Al pie de la santa cruz,
nuestra Madre y Reina estaba;
y San Juan al otro lado,
con las dos primas hermanas,
y María Magdalena,
en lágrimas anegadas.
Rogó por sus enemigos,
que fue la primer palabra
que el Señor dijo en la cruz;
para que tú aprendas, alma,
así á rogar por los tuyos,
por injurias que te hagan.
Cristo encomienda á su Madre
el discípulo que ama,
y á Juan se la dá por Madre,
para que de ella cuidara.
Dimas, que es el ladron bueno,
y á mano derecha estaba,
le pide que de él se acuerde
cuando allá á su reino vaya;
el Señor se lo concede,
y le empeña su palabra
de llevarlo al paraíso
el mismo dia en que estaba.
Vuelto despues á su Padre,
con gran paciencia y constancia,
de su grande desamparo
tiernamente se quejaba.
Sed tengo, dijo á los hombres,
de que se salven las almas.
Trajeron luego una esponja,
y puesta ya en una caña,
llena de hiel y vinagre,
á sus labios la aplicaban.
Consumatum est, les dijo,
ya está la obra acabada.
A su amantísimo Padre
su espíritu encomendaba;

espidió una voz muy grande,
y entre mil mortales ansias
inclinaba le cabeza;
espiró. Las peñas altas
se hendieron, titubearon
los montes, y su luz clara
sol y luna retiraron,
todo el orbe en sombras pardas.
Para ver si era difunto,
un soldado de la guardia
se arrimó con su caballo,
y dándole una lanzada,
el costado dejó abierto,
y de él salió sangre y agua.
Pasadas como tres horas
que Cristo en la cruz estaba,
trataron de sepultarle,
pues se acercaba la Pascua;
y José y Nicodemus
á Pilato suplicaban,
que para enterrar á Cristo
licencia les otorgara.
Concedióla el presidente,
y arrimando las escalas,
de la cruz lo descendieron,
y en una sábana blanca
envolvieron al Señor,
un sudario por mortaja,
y en los brazos le pusieron
de su Madre soberana.
Aquí fueron sus dolores,
sus suspiros y sus ansias:
no hay lengua que los explique,
ni aun los Serafines bastan,
que viendo á esta gran Señora
de un tal dolor traspasada,
enmudecen con la pena,
sin poder decir palabra.
Aquellos santos varones

á su Reina suplicaban,
les concediese licencia,
porque la noche llegaba,
para darle sepultura
al Hijo de sus entrañas.
El permiso les concede,
mas del alma se lo arrancan,
cuando del casto regazo
con veneracion lo sacan.
Tomándolo pues en brazos,
en procesion ordenada
hácia el sepulcro caminan,
que estaba á corta distancia,
y en un monumento nuevo
entallado en piedra blanca,
dispuesto para José
en ser que Dios lo llevára,
depositaron el cuerpo
del Redentor de las almas.
Cerrado con una losa
que le sirviese de guarda,
que fue el mayor desconuelo
para la Virgen sagrada;
se finalizó el entierro,
y á Jerusalem marchaban.
La gran Reina con San Juan
á llorar se fue á su casa
su dolor y sentimiento,
y en soledad tan amarga
hasta el domingo se estuvo,
cuando muy de madrugada,
résucitado y glorioso
su Hijo fue á visitarla.
Tengamos en la memoria
la pasion de Cristo amarga,
y las penas de María,
pidiéndole con instancia
que á la hora de la muerte
nos defienda nuestras almas.

FIN.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, número 24.